



# EL CONDE DE ROMANONES Y LA INSTRUCCIÓN MILITAR

Por MIGUEL DE UNAMUNO

SALAMANCA, abril de 1921.

**E**L conde de Romanones publicó no hace mucho un libro que se titula "El Ejército y la Política" y que tratándose de su autor, que ha sido presidente del Consejo de Ministros del Reino de España y puede volver a serlo, cobra mayor importancia que escrito por otro cualquiera. Lo que no quiere decir, ¡claro! que no contenga observaciones dignas de atención en cualquier parte, ya que se trata de que las hace un gobernante experto que ha tenido que luchar más que otro contra el militarismo y a quien una cuartelada le echó del Poder.

El libro del conde de Romanones, en el que, entre otras muchas cosas, se dice que las monarquías constitucionales—y la de España hoy no lo es sino a medias y muy ambiguamente—tienen que ser substituídas por las integralmente democráticas, abunda en observaciones sagaces y muy justas. Aunque muchas de ellas ya las habían hecho antes otros, y entre ellas la de cuán perniciosa escuela es para un ejército la de las guerras civiles. Como que ellas han creado el caudillaje.

Lo más interesante para nosotros del libro de nuestro político es su capítulo VI, el que trata de la instrucción militar, pues si siempre hemos temido a lo que se llama militarismo no tememos menos al pedagogismo y si éste se aplica a la milicia es cosa de echarse a temblar. Lo propio de la ciencia debe ser el máximo respeto a la verdad y en lo que se llama disciplina militar, en la instrucción de los futuros conductores de soldados, la verdad se supe dita a otros valores. La historia patria, por ejemplo, que se enseñe en una academia oficial militar, historia para encender el patriotismo, será una enseñanza en que la verdad queda sacrificada. El dogma civil es tan terrible como el eclesiástico.

«Si el estado de nuestra segunda enseñanza y hasta de la enseñanza universitaria fuera otro—escribe Romanones—aquellos conocimientos de carácter general que hoy se enseñan en los primeros años de las academias militares podrían ser aprendidos en los institutos y las universidades; pero desgraciadamente hoy no puede pensarse en tal camino.» Pero a esto hay que añadir que por mala que la enseñanza sea en nuestros institutos y universidades, en las academias militares es aún peor, más rutinaria, más superficial y más... disciplinaria. Y el decir de una enseñanza que es más disciplinaria quiere decirse que es científica y pedagógicamente peor.

Entre dos profesores de física, de química o de álgebra no se elegirá al que la sepa mejor, sino al que tenga eso que llaman más espíritu militar y que es contrario, por lo general, al espíritu científico. Un investigador sagaz, un sabio de verdad, un verdadero maestro suele ser un espíritu indisciplinado y díscolo desde el punto de vista militar. Porque lo primero que no admite es ni las categorías jerárquicas ni la infalibilidad del mando. El libro examen, alma

de toda disciplina científica y pedagógica, es la muerte de la disciplina militar.

Tratando del plan de estudios de las academias militares dice Romanones que «impone al alumno una serie de estudios penosísimos y exclusivamente teóricos, que de tal manera deforman su espiritualidad en los primeros años de su vida, que con gran frecuencia hace aborrecer el estudio para mientras vivan, incluso a aquellos que han demostrado mayor aplicación». Y agrega: «Hasta tal punto llega esto, que hay muchos que después del esfuerzo realizado, hastiados por completo del estudio, no vuelven a abrir los libros; creen que con lo que aprendieron en la Academia tienen bastante para toda su vida, y al salir de ella, llenos de gozo, dan por liquidadas para siempre sus obligaciones con el estudio». Lo que es, por desgracia, muy cierto. No se distinguen, en efecto, en general, nuestros oficiales del ejército por un gran amor a los libros y hasta es frecuente encontrar entre ellos quienes hablan con mal disimulado rencor—¿desdén? ¿recelo? ¿envidia?—de los «intelectuales». Ciertamente es también que no ven dentro de su carrera una mayor ventaja a la mayor ilustración.

«El estudio de las Matemáticas en los planes de nuestras academias militares—dice Romanones—ocupa un lugar excesivo. Las Matemáticas son excelentes, necesarias; pero hay que administrarlas como aquellas medicinas que a la par son venenos, en dosis pequeñas y espaciadas...» Sin duda. Por nuestra parte tenemos dicho que las Matemáticas, las que ordinariamente se enseñan, las de escuela, son como el arsénico, que bien dosificado, fortifica, y pasando de ahí, mata. O son como el agua destilada, que es im potable. Las ideas puras son peligrosas; producen fácilmente bocio y cretinismo intelectual. Y creemos que si se abusa de las Matemáticas escolásticas en las academias militares es como medio de regimentar la mente, como un paso de oca para la inteligencia. Es

lo dogmático de las Matemáticas lo que atrae a ellas a los espíritus ordenancistas.

Escribe el conde: «El gran peligro del profesor en las academias militares es que no puede nunca dejar de ser el superior; que al enseñar ha de hacer grandes esfuerzos para olvidar que manda». Y ello es tan difícil en una academia militar como en un seminario eclesiástico. ¿Hay quien crea que en un seminario católico se puede enseñar bien exégesis bíblica o historia religiosa? No; porque allí se va a probar un dogma, a defender una tesis previa, a hacer obra de abogacía. La investigación libre y pura le está tan vedada al sacerdote como al soldado de la patria.

Dice el conde: «Los estudios históricos, la crítica histórica, la filosofía de la guerra, no entendida de manera abstracta, sino aplicada a los hechos concretos; la evolución moderna de las instituciones sociales, los grandes problemas políticos; la economía política y tantas otras materias de interés palpitante, debe-

rían ser enseñadas en nuestra Escuela Superior de Guerra y enseñadas por un personal especializado en esas materias, fuera militar o fuera civil, como se hace en los paí-

ses más adelantados». Sí, ¿pero y si el personal civil que hubiera de enseñar en una academia militar fuese heterodoxo desde el punto de vista militar? Porque la disciplina castrense, como la eclesiástica, divide a las inteligencias en ortodoxas y heterodoxas. A un hereje, por docto que sea en el ramo de su estudio, no se le puede permitir enseñar a futuros sacerdotes ¿a dónde iríamos a parar?

No hace mucho nos contaba un amigo que hallándose en una ciudad en que hay una academia militar, la de uno de los cuerpos de nuestro Ejército, les habló a unos profesores de ella del libro este del conde de Romanones preguntándoles si lo conocían y le respondieron que no y que el conde es enemigo del Ejército.

Que es como si el profesor de un seminario conciliar, al hablarle de un libro de asuntos religiosos, contestase, no que el libro no habría de enseñarle nada, sino que estaba escrito por un hereje. O acaso dijera con desdén que por un profano.

La última guerra, sin embargo, ha probado que la oficialidad de complemento no lo hacía en campaña peor que la de academia y que las más profundas observaciones sobre la marcha de la guerra las han hecho hombres civiles. La especialidad de la enseñanza militar es un mito. El arte de la guerra como el de la pintura y el de la escultura y el de la poesía, acaso se estropea más que mejora en las academias. Es fácil que de todos los academismos el peor sea el academismo militar.

